This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

UNIV.
OF
MICH.

220

CATALUÑA

LA SOLIDARIDAD
LA MONARQUÍA
EL REGIONALISMO

IMPRESIONES

POR

D. José Elías de Molins

Ex-Diputado á Córtes

BARCELONA

A. López Robert, impresor
Calle Conde del Asalto, 63
1907

DP
302
.C63
E4

General Lib. 6.
Handwritten
11-21-46
539271

LA SOLIDARIDAD

I

Los hechos

> Hay en la vida de las sociedades modernas momentos.... en que los hombres andan arrebatados por la corriente de las cosas, y en que para contener el torrente es necesario poco menos que un milagro del Todopoderoso. Pero estos momentos pasan: son las convulsiones y delirios de un enfermo. Llegan tiempos menos agitados, en que si la razón no recobra el imperio perdido, al menos logra hacerse escuchar y ejerce alguna influencia en la dirección de los negocios..... .. Entonces se puede encontrar la verdadera línea de conducta.....
>
> BALMES: (Estudios Políticos pág. 497).

Qué sacaremos de disfrazar la verdad, si es un hecho evidente, por todos reconocido, que el actual movimiento solidario en Cataluña resulta ser hostil á la monarquia dinástica.

La Veu de Catalunya publicó hace pocos días las siguientes líneas. «Todo el mundo sabe que hoy dentro de la Solidaridad existe

una mayoría antidinástica. Carlistas y republicanos, los dos viejos partidos históricos ansian con afan la destrucción de los actuales poderes. En el seno del catalanismo existe también una minoría antidinástica. Es decir — añade la *Veu* — que si no fuera por el espiritu amplio y tolerante de la «Lliga Regionalista,» hoy todo el que con fé creyese sinceramente en la justicia de la actual Monarquía, por virtud del acto de su mera adhesión, quedaría fuera del movimiento formidable que regenerará á España» (22 de Mayo de 1907).

Por su parte el *Poble Català*, confirma sin rodeos la resuelta actitud de la izquierda del catalanismo. «La actitud del nacionalismo republicano en Cataluña — dice — es bien clara y franca. Aspira al triunfo de la Autonomía y de la República, y por lo mismo es enemigo irreconciliable del vigente sistema monárquico unitario. Sus ideales y su dignidad patriótica, le impiden entrar en tratos con los gobiernos dinásticos. Ahora como siempre, los nacionalistas catalanes, mantienen la integridad de sus reivindicaciones. Ni las buenas palabras, ni las sonrisas benévolas, ni los proyectos de Administración local, han de hacer cambiar de rumbo á nuestro pueblo» (25 de Mayo de 1907).

Es en balde que la «Lliga Regionalista» por medio de su organo la *Veu*, quiera echar

agua al vino, y afirme que — «La Lliga Regionalista» al dejar indeterminada la forma de gobierno como á cosa que es por su naturaleza secundaria y contingente, ha podido unir á su numerosa hueste, espíritus selectos monárquicos, que han hallado dentro de ella *respeto, orden y serenidad*.

«La solidaridad — había dicho antes el Sr. Cambó — es un movimiento que no es incompatible con nada; pero que traspasará todo lo que se le ponga por delante».

Los hechos son lo que son, sin que nada pueda desfigurarlos. El movimiento Solidario en Cataluña, resulta ser en beneficio de los que la *Veu* califica con razon de viejos partidos históricos — el carlista y el republicano — y del nuevo y flamante nacionalista. El matiz templado, indiferente, ha quedado en manifiesta minoria.

El anciano y fugaz ex-presidente de la República Sr. Salmerón, hoy jefe del movimiento, puso el sello á la Solidaridad Catalana, cuando dijo en un meeting celebrado en el mes de Abril (1907), en el Vendrell, las siguientes palabras: «No se ha producido en España, desde el comienzo del último tercio del pasado siglo, nada tan fundamentalmente revolucionario como la Solidaridad Catalana. No dudeis que si este movimiento es tan bien dirigido como ha sido bien concebido por el pueblo catalán, derribará lo

existente é implantará instituciones más perfectas en lo alto del poder.»

El Sr. Carner, jefe de los nacionalistas catalanes, hizo coro al Sr. Salmerón perorando en el propio meeting del Vendrell: «Hace mucho tiempo — dijo — que los catalanes tenemos el convencimiento de que la constitución del Estado está mal constituida, y de que esa constitución no permite la evolución ni adelanto del pueblo, por esto en Cataluña todos los partidos poderosos son de furibunda oposición al régimen actual, y por esto ha surgido este magnífico movimiento de Solidaridad Catalana.»

Finalmente el Sr. Vallés y Ribot declaró en el meeting solidario celebrado en el Tívoli, entre grandes aplausos: «Precisamente la única región en que el pueblo mantendrá su voluntad, Cataluña, irá contra el régimen imperante. ¡Si! Cataluña el día 21 de Abril (día de las elecciones de diputados á Cortes) decretará la muerte del régimen imperante.»

II

La Solidaridad antidinástica

Estos son los hechos que han de hacer meditar al considerable número de electores que se abstuvieron en Cataluña — más del cincuenta por ciento en los grandes centros — y pesará sin duda como losa de plomo sobre gran número de individuos de la clase neutra, monárquica, más ó menos tibios ó indiferentes, que á impulsos de la corriente, dieron su voto á los antidinásticos, pero que no quieren ser confundidos con ellos, pero no cambiará el ser y estado de las cosas. Pese á quien pese, — doloroso es decirlo — el movimiento solidario lleva de un modo ostensible la etiqueta y marca de fábrica antidinástica.

Los viejos partidos históricos republicano y carlista y la izquierda del catalanismo son lógicos. Merced á un concurso de circunstancias fortuitas, hallan en su camino una fuerza y la utilizan para llevar el agua

á su molino. Sus auxiliares más eficaces son los que sin rumbo fijo, persiguiendo ideales y utopias, laboran dentro del movimiento solidario, declarando que le son indiferentes todas las formas de gobierno.

Nada más absurdo que sustentar fuera de las Academias y Ateneos, esto es, en la vida real y positiva, que un pueblo se puede regenerar prescindiendo de lo que es fundamental y constitutivo de su sér.

Por esto los pueblos civilizados, una vez constituídos, declaran intangible su forma de gobierno y la defienden ahincadamente con las leyes y la fuerza contra toda clase de ataques.

El movimiento sano, vigoroso, y verdaderamente regional, se ha dislocado al dar vida á partidos históricos antidinásticos.

Hoy los republicanos forman el grupo más numeroso de la Diputación Provincial de Barcelona, cuya vicepresidencia y presidencia de la Comisión permanente se han adjudicado, y como ya tenían el Ayuntamiento, resultan dueños de las dos entidades de las que depende la vida del Municipio y la provincia. Seguro es que aprovecharán todas las coyunturas para batallar á favor de los ideales contrarios á las instituciones. y á la religión.

Mientras no haya una rectificación de conducta, resulta evidente según el pro-

grama leído y aprobado en el Tívoli: «Que el pueblo por medio del sufragio en las elecciones generales, afirmó la concresión práctica, positiva de su voluntad soberana». Esto significa en puridad que las clases burguesas y conservadoras catalanistas se pasaron en su gran mayoría con armas y bagajes al campo de los que estuvieron al frente de la famosa república del año 1873, y de los fautores de las guerras civiles que tanto dinero y tanta sangre costaron á nuestro desdichado país.

Reconocemos de buen grado, que quizás muchos de los inspiradores que dieron calor á la Solidaridad, no se propusieron ir tan lejos, y en su fuero interno lamentarán que inconscientemente contribuyeran á fabricar un ariete para combatir las vigentes instituciones.

Descontados los elementos radicales republicanos y la masa obrera, hostiles á la Solidaridad, preguntamos á todos los hombres sinceros, de buena fé y que conserven la serenidad en Cataluña.

¿Cuál sería hoy el resultado de un plebiscito en Cataluña, en que debiera optarse entre la república y la monarquía?

¿Qué contestarían esta masa de propietarios urbanos y rurales; estos industriales y rentistas, que para trabajar y vivir necesitan de la paz y el sosiego?

¿Darían saltos en las tinieblas? ¿Sembrarían acaso vientos, para recoger tempestades y catástrofes?

A nuestro juicio el triunfo de la Solidaridad, tal como hoy está constituída, es circunstancial y pasajero. Es un movimiento imponente de la opinión que ha de pasar por la criba de los acontecimientos y realidades. Depurado y bien dirigido el movimiento en lo que tiene de verdadero y real, puede ser fructífero para Cataluña y para el resto del país.

III

La realidad

Es indudable que existe en Cataluña un estado interesante, psicológico, que se traduce en vida, calor, entusiasmo y movimiento.

Semejante estado podrá modificarse, y evolucionar y hasta llegar á desaparecer, pero hoy por hoy existe en la plenitud de sus arrogancias, de sus explosiones y de sus acometividades, infundiendo á unos devoción, á otros respeto y á muchos temor, hasta el punto de doblegarse gran número de voluntades ante el movimiento solidario, como las mieses á impulso del vendabal.

El movimiento que empezó en la ciudad, se propagó á las llanuras, y ha llegado hasta las rugosidades y repliegues de la montaña de Cataluña. Es para muchos solo un movimiento de amor á la región, que un insigne poeta catalán ha calificado de *sentimental* y para otros de *airada pro-*

testa. Es evidente que la gente moza, la misma mujer, apasionada coloboradora de todas las obras sentimentales, han puesto sus arrestos, su entusiasmo, sus nervios, al servicio del movimiento solidario.

Muchos individuos, pertenecientes á clases que debieran estar apartadas de las luchas políticas, han acudido también con brío á la pelea, y son quizás los que más han contribuido á fomentar el movimiento.

Se ha hecho la bola de nieve, la corriente se ha engrosado y ha salido de su cauce.

La *Solidaridad* es otra *Fronda*, es un alzamiento contra el Estado, una rebeldía contra el poder central, un memorial extenso de quejas y agravios más ó menos fundados; pero por cima de todo es, según afirman algunos de sus apóstoles exaltados, la dirección resuelta hácia su autonomía; ó como dice orgullosamente uno de los órganos del movimiento, es para Cataluña el respeto á España, *el triunfo del más fuerte, del que tiene de momento el derecho de dirigirse y más adelante de dirigir á los demás.*

Los adalides de la Solidaridad sostienen que las últimas elecciones representan el triunfo de la pureza del sufragio, y el predominio de las ideas que constituyen el programa sancionado en el meeting del Tívoli.

Es necesario ser sinceros; merced á un

conjunto de circunstancias de localidad, de todos conocidas y habilmente explotadas, en Barcelona las clases todas votaron bajo la presión del estímulo de combatir el peligro rojo.

El inícuo atentado contra el Sr. Cambó acabó de llenar la medida, y sirvió á maravilla para caldear en todas partes la atmósfera en las pasadas elecciones.

No puede servir pues de patrón para futuras luchas, lo que pasó en Barcelona y que irradió en el resto de Cataluña.

No hubo ponderación de fuerzas. El mayor número de actas lo llevó el partido histórico republicano, apesar de estar muy dividido.

Sorpresa grande produce que aquel gran movimiento electoral no hubiera dado preferente triunfo á los afiliados á la *Lliga*, cuya organización inteligente y perseverante labor, encomian y ponderan todos, ó bien á las personas independientes, de prestigio y arraigo, defensoras del regionalismo.

Las últimas elecciones, constituyen sí un poderoso movimiento, pero para juzgar de su naturaleza y alcance no es posible prescindir de las circunstancias especiales que le dieron vida y calor.

La solidaridad, mientras la integren partidos políticos de opuestos ideales, será sólo

una amalgama transitoria de elementos que no pueden vivir mucho tiempo juntos.

Cuando se hayan agotado los dicterios contra el caciquismo y el poder central, será necesario que la solidaridad salga del terreno de las vaguedades y entre en el de las afirmaciones concretas.

¿Cuales serán los principios fundamentales y doctrinas de la solidaridad?

Dígase lo que se quiera, no es posible que puedan fundirse y que se muevan mucho tiempo en una misma dirección, religiosos y ateos, dinásticos y antidinásticos, republicanos y monárquicos, liberales y retrógados, los que proclaman las excelencias del sufragio universal, y los que quieren el voto cuantitutivo y de clases, los que quieren la tradición y hacer resurgir el pasado, y los que quieren para todo moldes nuevos y mundiales.

Salmerón y Mella podrán seguir unidos para *protestar*, pero no para definir. Entre el hombre ateo, anticlerical, defensor del mantrimonio exclusivo civil y con vistas á todos los radicalismos, y el hombre que todo lo arranca de Dios y del cielo y de la Iglesia, no puede haber más unión que la protesta, ó para manejar ambos la piqueta para intentar destruir lo existente.

La *Solidaridad* ha de transformarse forzosamente al pasar de la *protesta*, de la

negación y de la *crítica*, á la afirmación de principios y doctrinas y concretar sobre todo de formas de gobierno.

La *Solidaridad* se ha formado y ha tenido vida lozana durante algún tiempo por que le habían preparado el terreno las torpezas y debilidades de gobiernos que tuvieron vida efímera. Con los propósitos del Sr. Maura, la solidaridad no tendrá razón de ser.

Los mismos organos solidarios empiezan á manifestar temores de que se cuartée el flamante edificio.

Decía hace poco *El Poble Catalá*: (Mayo 1907).

«Tenemos la íntima convicción de que entre los representantes de Cataluña no hay ninguno capaz de traicionar al pueblo. *Pero no tenemos la seguridad absoluta, ni la tiene nadie, de que la actitud de todos los grupos políticos que integran la representación de Cataluña en el Parlamento responda á toda hora á la voluntad y al deseo de la opinión catalana. El porvenir reserva siempre contingencias desconocidas é inesperadas...* ¿Por ventura no podría suceder que alguno (de esos grupos) se inclinara á benevolencias que contrarían el sentir de nuestro pueblo? *¿No está en lo posible que alguno intentara acercarse á las actuales instituciones del Estado, de las cuales está Cataluña radicalmente distanciada?...* Ya

hay precedentes de cosas semejantes. Todavía está vivo en la memoria de todos lo que pasó con motivo de la venida del Rey á Barcelona. *Todo el mundo recuerda aquellas deplorables declaraciones de ultraespañolismo que hicieron en las anteriores Cortes algunos señores de la derecha...*»

Semejantes avisos y voces de alarma, no han de torcer el curso de los sucesos, ni mudar la naturaleza de las cosas, que tienen inflexible lógica.

No; no es posible que pueda durar la conjunción de elementos tan *esencialmente diversos*.

Decía con gran elocuencia el Sr. Maura:

«Creo, que vosotros os equivocáis cuando juzgáis que la solidaridad es una substancia, cuando no es más que instante de una evolución; que vosotros os equivocais, pensando en la solidaridad, al juntar con ella la idea de un mañana, ni debe tenerle, ni le necesita: Y añadía: la solidaridad nació por la persistencia lamentable de un pasado insostenible, por la demora de una reforma necesaria, por equivocaciones del Poder público, que retardaron el remedio, y vosotros os imagináis estar en presencia de aquel pasado, sin advertir que estáis en presencia de la reforma misma.»

¿Logrará su patriótico empeño el señor Maura?

El elemento antidinástico catalanista, por medio de su órgano decía: (4 de Junio de 1905). «No faltaría más que se llegase á una inteligencia entre los catalanistas y un gobierno que no *quiere, no acepta ni organiza la región catalana*. Esto sería monstruoso y por lo mismo no es».

¿Serán acaso los catalanistas de la derecha, prisioneros de guerra, de los que dentro de la solidaridad son resueltos republicanos y carlistas?

IV

La nueva Solidaridad

Aparte de los partidos históricos carlista y republicano, existen hoy en el seno de la Solidaridad importantes fuerzas que tienen que evolucionar si no quieren esterilizarse y morir.

Existe la masa militante regionalista que quiere el bien y adelanto de Cataluña, que pretende afirmar su personalidad, que anhela reformas y emplea descentralización. Pues bien, estas fuerzas solo pueden vivir y desarrollarse reintegrándose á la patria é incorporándose á la monarquía dinástica, y formando dentro de ella el gran partido regionalista y descentralizador.

La evolución hácia la común patria española se está realizando rápidamente, y con verdadera satisfacción vemos que los antiguos moldes de intransigencia que empequeñecían y ahogaban el movimiento regional se abandonan y son sustituídos por

otros más amplios de amor y confraternidad con el resto de las provincias españolas.

Falta que venga pronto el deslinde de campos y que la masa neutra monárquica, amiga del orden, y que tan eficaz apoyo ha prestado en la campaña electoral á la *Solidaridad*, que la falange considerable de la derecha y centro del catalanismo se incorporen resueltamente á la monarquía dinástica.

Las clases burguesas, alma y vida de la industria y propiedad en Cataluña y que son el nervio del trabajo y riqueza, no pueden continuar mucho tiempo bajo el equívoco que encierra la actual Solidaridad, de que pueden unidas labrar la dicha de Cataluña bajo toda clase de formas de gobierno.

La monarquía es fundamental para España toda, y solicitar amplias y hondas reformas, sin afirmar formas de gobierno, equivale al absurdo de pretender levantar un gran edificio sin cimientos, al aire.

Semejante equívoco ya lo desvanecen todos los días y en todos momentos los órganos republicanos de la Solidaridad, cuando arrecian sus ataques contra el *Régimen* vigente y dan por seguro el triunfo de la república en España.

Menester es también que por su parte, sin flojedades y vacilaciones, los catalanistas de la derecha, los regionalistas todos, la

masa neutra aliada momentánea de los antidinásticos, evolucionen y hagan afirmaciones concretas.

Entonces en la *Solidaridad* podrá tener ingreso definitivo la inmensa masa neutra del país, entonces podrán sumarse con aquella todas los elementos honrados de la monarquía. Dentro de la Solidaridad habrá sí sus matices, por que la variedad es ley de vida.

Es urgente que no se perturbe los espíritus con vaguedades y ensueños, la realidad tiene duros desencantos y es peligroso jugar con fuego y con lo que vá hasta las entrañas del país, como es la paz, la vida tranquila y ordenada de los pueblos.

El estado de anarquía es momentáneo y viene después el triste y tremendo correctivo de la *reacción*, que significa un grave retroceso y quebranto para las naciones.

Después de haber derribado, es necesario construir.... semejantes derribos cuestan muy caros y una nación no puede vivir en medio de tales alternativas.

Lo hemos dicho más de una vez: á toda persona libre de pasión, ha de parecerle tarea insensata la del que guarecido en añeja vivienda, se complace en derribarla, sin tener otra más sólida donde acogerse.

La situación actual de España, necesita del prestigio de una institución fija, fuera

del embate de las luchas, poder moderador y vigilante, que mantenga el equilibrio social y político.

Todos; unos por amor á la monarquía, otros por egoismo y anhelo de la propia conservación, han de procurar mantener y robustecer la monarquía, como suprema salvaguardia de los intereses de la patria.

A los catalanes apartados de la política y atentos solo al trabajo, al porvenir de su familia y al desarrollo de las fuentes de riqueza de su país, les preguntamos:

¿Fuera de la monarquía en España cabe hoy hallar paz y tranquilidad?

¿Es posible fundar algo estable y duradero dentro del partido republicano, pulverizado y sin jefes?

¿Pueden las gentes serias en Cataluña desear correr aventuras?

¿Puede un país vivir solo de *protestas* y *nebulosidades*?

Es necesario ser prácticos y estar dentro de la realidad.

V

La Solidaridad y los partidos políticos

Decia últimamente el Sr. Maura en el Senado, á los solidarios:

Los verdaderos partidos son la Nación misma, organizada políticamente según afinidades en ideas ó tendencias; son fuerzas sociales, que se aunan y mueven para recabar del Poder público soluciones convenientes, propulsoras de su vida y su progreso: no he reconocido jamás que exista partido que no tenga entraña en la Nación, ni preponderancia ni arraigo en el cuerpo popular.

En cambio yo espero — añadía — que no necesitareis aguardar larga experiencia para que, apartándose un poco en el curso del tiempo las simulaciones explotadas por la lucha electoral, aquí, entre nosotros, oreadas las frentes por la saludable controversia, sus señorías mismos reconozcan, con su claridad de entendimiento y su noble lealtad, una contraposición substancial que

ahora no advertís, pero que positivamente anula las ideas y deja vacías las palabras cuando nos habláis de fuerzas políticas, que en tanto existen en cuanto prescinden de los ideales y de los propósitos de sus hombres y sus colectividades. Esas conjunciones podrán servir para la negación, podrán servir para sublevarse, podrán servir para protestar y rebelarse contra un estado de cosas vicioso, pero jamás consumarán obras positivas, porque son estériles de nacimiento, con la infecundidad de los híbridos.»

Es verdad: Los partidos políticos son instrumentos necesarios, absolutamente necesarios de progreso; y una vez alabados, vituperados otros, existen en todas partes y existirán donde haya vida pública.

Decía un ilustre hombre de Estado: «Yo profeso la teoría, no solo de que los partidos políticos son instrumentos indispensables de Gobierno sino que han de estar organizados y disciplinados. Los partidos disciplinados son una absoluta necesidad de los Gobiernos parlamentarios, cualesquiera que sean sus defectos, cualesquiera que sean sus inconvenientes.

»A mi juicio, dentro de la monarquía, deben existir pocos partidos. No tienen el carácter de partidos gobernantes los grupos parlamentarios. Todos aquéllos piensan ó han pensado constituir corporaciones de

hombres reunidos para procurar por sus esfuerzos juntos el bién del país, partiendo de un principio común; pero hubiera sido además preciso que, descartando los vicios y violencias, pudiesen, como fuerzas políticas, ofrecer á un pueblo, por su parte, constituido en juez del campo, igual libertad, seguridad personal idéntica, y más tranquilidad que nunca, aun sin contar con la consideración y la gloria.

»Fáltales á los grupos políticos poderosa organización y segura disciplina. Sin la existencia de grandes partidos políticos, quedan un tanto al acaso los destinos de la nación. Hay cambios frecuentes entre grupos gubernamentales más ó menos reductibles, pero siempre sin raíces hondas ni suficiente organización en el país, y por lo mismo sometidos á las pasiones ó los caprichos individuales; hay donde quiera exageración de ideas y de aspiraciones.

»Para labrar el bien de la nación deben reducirse todo lo posible las agrupaciones políticas, para formar grandes partidos y ser instrumentos aptos de Gobierno.

»Hoy, los partidos políticos fuertes, gubernamentales son más que nunca necesarios. El orden social, la monarquía, los problemas planteados cada día por el proletariado, exigen firmes puntales.

»Es menester intentar el remedio. Los

partidos políticos deben reorganizarse, robustecerse.»

Obrarán cuerdamente en no cerrar sus fronteras, y en abrir portillos para atraer cada uno á sus afines, y en promover desprendimientos de las masas neutras. Los Gobiernos, por su parte, dando calor y fuerza á los partidos, han de coadyuvar á estos movimientos de atracción y desprendimientos.

Los partidos deben purificarse, ponerse en contacto con la opinión sana, no vivir de convencionalismos, modificar si es necesario el sufragio, pero deben hacerlo puro y obligatorio, como un deber ineludible al que nadie sea lícito sustraerse.

Para hacer política y formar partidos gubernamentales, es necesario reunirse. «Para que los hombres se reunan — dice un esclarecido publicista—es menester un punto de reunión, una enseña que les guie, un hombre que les sirva de norte, una cabeza inteligente que plantee y dirija la organización y una mano robusta capaz de empuñar la bandera, de enarbolarla y de marchar con resolución á su destino.»

¿Qué se pretende? ¿Que desaparezcan los partidos dinásticos? ¿Lograrían con ello los antidinásticos y sus aliados, el logro de sus fines?

¡Grave error! Si esto llegase á suceder,

no se alcanzaría otro resultado que quebrantar el poder civil y dislocar la soberanía de la nación. Un pais no puede vivir en la anarquia, al capricho, al azar.

Si desaparecieran los partidos se formarían grupos de vida agitada y efímera, impotentes para realizar una revolución en el país, pero eficaces para perturbarlo y para conducirnos derechamente á una dictadura militar.

Destruir á los partidos dinásticos, equivale á poner á la monarquía en el trance de defenderse. Ciego está hoy el que no vea que el trono, además de las robustas raices que tiene en el país, no vive aislado y es fuerte.

Por fortuna, además, acabó la era de pronunciamientos militares, el ejército es adicto por completo á la patria y á la monarquía.

¿Puede seguir siendo jefe de un movimiento regenerador de Cataluña el Sr. Salmerón? Un publicista hace la siguiente instantánea: «En 19 de julio de 1873 fué elevado á la jefatura del poder ejecutivo de la federal, obtuvo la dictadura, una quinta de 80 000 hombres y la Asamblea le concedió cuanto pidió para restablecer el orden; pero menos de dos meses bastaron para demostrar su incapacidad como gobernante, y el 6 de septiembre le reemplazó Castelar. Elevado á la presidencia de la Asamblea, bastó

para derribarle un taconazo del general Pavía.»

Podrán aceptar como jefe al Sr. Salmeron los antidinásticos, pero los monárquicos dinásticos y los que quieran la paz y ventura de Cataluña no podrán seguir mucho tiempo juntos, embarcados en una nave dirigida por el ex-presidente de la república que zozobró en 1873, fecha luctuosa y de triste recordación para la patria.

LA MONARQUÍA

I

Hoy que vemos combatida con tanta saña é injusticia en Cataluña la Monarquía por algunos de los elementos que más bullen, juzgamos oportuno exhumar algo, de lo mucho que en defensa del trono, dijo un catalán ilustre (1).

Balmes, en su famosa obra «El Protestantismo comparado con el Catolicismo», en varios de sus escritos políticos, revistas y estudios póstumos, trató luminosamente y á fondo de la Monarquia en España.

Para Balmes el trono es un puntal indispensable para la conservación de la nacionalidad española.

Fué tal el entusiasmo de Balmes á favor de la Monarquía española, que se transpa-

(1) Las páginas que siguen forman parte de un estudio nuestro inédito, titulado: *Balmes y la Monarquía.*

renta en el estilo que emplea, profundo siempre, pero movido rebosante de imágenes y de colorido.

Era que el insigne patricio catalán que penetraba con su mirada hasta las entrañas de la sociedad española, abrigaba como nosotros el convencimiento de que en su catolicismo, en su monarquía, están las prendas de la tranquilidad y ventura de esta nación.

Si Balmes saliese hoy de la tumba y viera nuestra hermosa y rica Cataluña, agitada por algunos que anhelan destruír el trono, repetiría sin duda lo que tantas veces dijo: «Esto es imposible; la república entre nosotros, es el mayor de los delirios». No se concibe como semejante causa puede ser sostenida seriamente. Nuestras ideas, nuestros hábitos, nuestras costumbres, nuestra organización social, nuestra situación con respecto á las potencias europeas, se oponen invenciblemente á tamaña insensatez. La república en España no fuera más que una inmensa farsa de brevísima duración, los pueblos la rechazarían con indignación y al fin no produciría más resultado que estériles desórdenes, acabando todo por una restauración de la monarquía (1).

El parentesis histórico del año 1873,

(1) Escritos Políticos, página 208.

cuyo recuerdo ha de avergonzar á los que sobreviven y tomaron parte en aquellos sucesos tristes para la patria, son testimonio elocuente de como acertó en sus vaticinios Balmes.

En otros países—dice Balmes—concebimos que haya quien sueñe en revoluciones profundas para cambiar de raíz el estado social, porque la licenciosa anarquía de las doctrinas y el vehemente espíritu de innovación que trae volcanizadas muchas cabezas, ofrecen algunas esperanzas de que cuando semejantes revoluciones desciendan de las teorías á los hechos, han de encontrar apoyo en numerosos partidarios. Pero en España donde se hallan aún en minoría los reformadores, donde la generalidad de las personas instruídas detestan los sistemas trastornadores, donde la mayor parte del pueblo vive todavía fuertemente apegado á las tradiciones y costumbres antiguas, donde la más considerable parte del país está dedicada á las tareas agrícolas de suyo tan pacíficas y sosegadas ¿qué pueden prometerse los que sueñen en la revolución y piensen llevarla al extremo de reconstituir sobre bases enteramente nuevas la sociedad entera?

Refiriéndose á la masa general del pueblo español, añadía Balmes: «Proponedle los delirios democráticos que bullen en otros

paises, aconsejadle que derribe el trono, que ensaye nuevos sistemas de organización social sin más dogmas que el de la fraternidad, que plantée unas formas políticas sin más vínculo que el de convenciones y confederaciones pasajeras; á ese pueblo habladle de revoluciones profundas y vereis como en vez de entusiasmo no recogereis otra cosa que indignación y desprecio »

Prescindir de la Monarquía, que está hace siglos conpenetrada con la nación, significa interrumpir la historia de España.

II

La Monarquía y la Historia

«Bien extraño fuera, — escribía Balmes — por cierto, que en una nación cuya monarquía es de origen tan remoto, que se pierde en la obscuridad de los tiempos, no tuviesen profundo arraigo las ideas y los sentimientos monárquicos.»

Para probarlo, añadía, invocando el testimonio de los hechos históricos:

«Porque aun cuando las invasiones de los pueblos del Norte, la de los árabes y las guerras que siguieron, modificaron y variaron mucho la forma del poder, no cabe duda que la idea de la monarquía sobrevivió á todos los trastornos, viéndose de esto una clara y hermosísima prueba al levantarse en Covadonga el trono de Pelayo, después que, según todas las probabilidades, debía haber perecido para siempre el solio español con el desastre de D. Rodrigo á orillas del Guadalete. Donde se ven reunidos algu-

nos cristianos para hacer frente á los sectarios de Mahoma, allí se presenta un Rey; su trono son los escudos de los valientes que le levantan en alto y le proclaman caudillo; su diadema es su capacete; su cetro, la espada. No obstante, los pueblos le veneran, le tributan homenaje y, sin el oropel de grandes palacios ni el esplendor de la púrpura, recaba de cuantos le rodean sumisión y acatamiento.

»A la sazón la monarquía no podía ser una, porque no lo consentía la situación del país, ocupado en gran parte por los sarracenos; pero, á medida que estos andaban cejando hacia las orillas del Mediterráneo, las provincias se reunían bajo un mismo imperio. León y Castilla, Cataluña y Aragón presentan este fenómeno, y los monarcas que conquistan á Granada, miran sometida á su cetro España entera.

»Desde los Reyes Católicos la nación ha continuado bajo el imperio de un monarca, y es imposible que más de tres siglos de monarquía no hayan arraigado hondamente en el país las ideas y sentimientos monárquicos.»

Es que lo que se llama ideas monárquicas en un pueblo, no es otra cosa que la convicción generalizada en todas las clases, de que la monarquía es la forma de gobierno que más le conviene; lo que se apellida

sentimientos monárquicos es el afecto hácia la persona del Rey.

El arraigo profundo de las costumbres monárquicas en España, vése claro en las épocas más calamitosas.

El inmortal levantamiento de 1808, ofrece la prueba elocuente de cuan hondas raíces tiene la monarquía en la sociedad española. En los acontecimientos de Aranjuez el pueblo se sublevó contra el privado, pero respetó profundamente la persona del monarca, y tan pronto como sube al trono el primogénito de Carlos IV, se exalta y desborda de tal suerte el entusiasmo del pueblo, que jamás rey alguno se vió rodeado de mayores muestras de afecto, ni vitoreado con más frenesí. La nación donde tal reinado no mina los cimientos del trono, menester es que tenga en su corazón la monarquía, no solo como un sentimiento muy ardiente, sino como una necesidad, sin cuya satisfacción no puede vivir.

«Nadie ignora—decía Balmes—cuáles fueron las grandes ideas que pusieron, durante la guerra de la *Independencia*, en movimiento al pueblo español. Todos los grandes ejércitos, todos los inmensos recursos, toda la habilidad y astúcia del Capitán del siglo se estrellaron contra la firmeza y heroísmo de los españoles.

»Las grandes naciones de Europa, esas

naciones tan brillantes y poderosas, habían doblado su cerviz y la tenian humillada bajo la planta del vencedor de Marengo, Austerlitz y Jena; y los bisoños soldados españoles peleaban con los veteranos imperiales, y cuando las grandes capitales de Europa y sus más inexpugnables fortalezas se habían rendido ante los ejércitos franceses, Zaragoza, Tarragona y Gerona burlaban con su constancia y denuedo todos los esfuerzos del valor, de la experiencia y del arte.

»*Religión, Patria y Rey:* he aquí las palabras que circulaban por todas las bocas; he aquí lo que resonaba en todas partes, lo que se aclamaba en el combate, lo que se oía en los himnos de victoria, lo que daba aliento y esperanza en la adversa fortuna; he aquí lo que comunicaba á los españoles aquel brío y energía que les granjeó la admiración de Europa entera.»

España ha sido y es una, porque una es su fé religiosa, y una su monarquía.

En España, en medio de las mudanzas y trastornos de todo género, lo único que ha subsistido ha sido la religión y la monarquía.

»Todavía existe el Trono: ¿Cómo se ha salvado?

»Tal vez los huracanes se desencadenan y barren los bosques de pinos y encinas, la lluvia cae á torrentes, los riachuelos se

convierten en ríos y los ríos en mares, las comarcas se inundan, los viejos castillos bambolean...» Al fijar la vista sobre las tormentas de la revolución española, Balmes veía el Trono respetado por las borrascas.

«¡Poesía! —añadía— ¡Oh! poesía, sea; pero en esa poesía se abriga un hecho histórico y social de la más alta importancia; en esa poesía viene expresado el fenómeno que revela uno de los más poderosos sentimientos que se albergan en el corazón de los españoles; en esa poesía está la clave de la situación, nuestra estrella política; quien la pierda de vista, sumirá al país en nuevos abismos; quien se guíe por ella, lo salvará.»

Decía Balmes: «Las naciones que han estado sometidas á la unidad de la Monarquía hereditaria por espacio de mucho tiempo, presentan un fenómeno digno de notarse: al través de las revoluciones más profundas, conservan la fuerza de reorganizarse sin perder ni menoscabar su independencia.

»¿Qué sería actualmente la España sin Trono hereditario, sin esa institución que neutraliza tan poderosamente los elementos de mal? Viéramos reproducidas las tristes escenas de nuestras colonias de América, donde pasa continuamente el poder de unas manos á otras, sin que alcance á fijarse ni robustecerse en ninguna.»

III

Los principios

Cuantos se ocupen de gobernar la nación, es menester que respeten los principios que ella respeta; de otra manera no hay que esperar remedio á nuestros males. Cuando una nación ha estado por largo tiempo exclusivamente sujeta á la influencia de algún principio, llévale siempre grabado en el corazón y expresado en su fisonomía. El principio monárquico y el católico han tenido por largo tiempo bajo su influencia á la nación española; y he aquí la razón de la gran fuerza que tienen en España estos dos principios; he aquí por que han sobrevivido á tantos trastornos.

La monarquía hereditaria, tal como existe en Europa, ni deja al hombre recelos, ni peligros á la institución, ni á la ambición estímulo; por esto es tan suave su acción,

tan benéfico su influjo, su conservación tan preciosa para el sosiego y felicidad de los pueblos.

El monarca es un hombre colocado en región superior á la de todos sus súbditos, aun los más elevados por sus calidades personales ó por su nacimiento; nada tiene que esperar ni que temer; su juez no está entre los mortales.

El problema del poder público envuelve tres partes: primera, orden; segunda, estabilidad, y tercera, hacer el mismo poder bondadoso. Estas tres condiciones se hallan satisfechas en la institución monárquica de una manera admirable. Para el mantenimiento del orden se depositan en manos del Rey inmensos recursos; para garantir la estabilidad se cierra la puerta á la ambición, asegurando el mando no solo al soberano sino á toda su descendencia.

La monarquía europea se ha hecho benéfica y suave hasta en aquellos paises donde la falta de todo límite legal parecía deber arrastrarla á los mayores desmanes. Las ideas, las costumbres, las reglas de gobierno á que se amoldan los monarcas, las reciben de la misma sociedad gobernada. Cuando en ella domina la razón, levanta la conciencia pública su voz imperiosa; y si el orgullo y el desvanecimiento se obstinan en guiar al monarca por estraviados senderos,

álzase de todos los puntos del reino, de todas las clases de la sociedad, un rumor sordo que atestigua el descontento, que pone de manifiesto el escándalo, que es más eficaz para enfrenar al poder que las insurrecciones y motines.

En la constitución, actualmente en vigor, el Rey es el único poder permanente y en función constante de sus prerrogativas. La potestad de hacer las leyes reside no en las Cortes solas, sino en las Cortes con el Rey, quien puede negar la sanción á cualquier proyecto de ley aprobado por las Cortes. En el Rey reside la potestad de hacer ejecutar las leyes; el que tiene el mando supremo del ejército y la armada y dispone de las fuerzas de mar y tierra y ratifica la paz, y al Rey toca finalmente la dirección de la cosa pública.

Esta es la teoría; el sistema constitucional se completa con las prácticas parlamentarias. Se dice: «que si dentro de la Constitución actual, la persona del Rey es sagrada é inviolable y ningún mandato suyo puede llevarse á efecto sino está refrendado por un ministro, que por solo este hecho se hace responsable, aquellas prácticas exigen que la Corona se halle en la situación que expresa gráficamente la frase: «El Rey reina, pero no gobierna». Se añade que si bien según la Constitución el

Rey nombra y separa libremente sus ministros, según las prácticas parlamentarias debe la regia prerrogativa atemperarse á las indicaciones de la opinión del país representado en Cortes.»

IV

La fórmula

Preguntaba Balmes: «Cuando se dice *el rey reina, pero no gobierna,* ¿qué es lo que se intenta expresar? Claro es, responderán los sostenedores del puritanismo, que se quiere expresar que el pensamiento del gobierno sólo ha de residir en los ministros; que, por este motivo, el rey no puede tenerlo propio; que tampoco le es lícito aconsejarse de otras personas que los ministros; en una palabra, que en la máquina gubernativa sólo han de jugar los agentes marcados por la Constitución, los Cuerpos colegisladores y el ministerio responsable.»

Añadía Balmes: «Hay desacuerdo entre el ministerio y las Cortes; ¿quién lo resuelve? El monarca, ó admitiendo al ministerio la dimisión, ó retirándole su confianza, ó bien disolviendo las Cortes. El monarca

opta, pues, entre el ministerio y las Cortes; entre el sistema de aquél y el de éstas. El monarca, en este caso, no sólo reina, sino que gobierna, pues que, por su parte, procura que prevalezca un sistema de gobierno: el de las Cortes, si se decide por ellas contra los ministros; el de éstos, si disuelve las Cortes. El monarca, pues, ha de tener un pensamiento de gobierno independiente del de las Cortes y del ministerio, que, ó le será personal si á tanto llega su capacidad, ó le será inspirado por los hombres en quienes tenga depositada particular confianza....

»El cambio de ministerio trae consigo una mudanza de sistema, y esta mudanza depende de la voluntad del rey, que tiene el derecho de prestarse ó resistirse á los deseos de los Cuerpos colegisladores, así como la disolución de éstos. El sentido común de todos los hombres elogia la asiduidad del monarca que asiste con frecuencia á los Consejos de sus ministros. En el Consejo ¿le será lícito al rey oponerse á la opinión de los ministros, combatirla con las razones que se le ocurran, ilustrar la cuestión, y procurar que prevalezca el dictámen que crea más acertado, aun cuando esté en contradicción con el que sustentaban sus consejeros? Es evidente que sí; y entonces el rey, no sólo reina, sino que gobierna, hasta el punto de haber comunicado á los ministros

el pensamiento que le era propio y logrando que éstos se conformasen y refrendasen con su firma los proyectos ó decretos que habían de adoptar. (1)

(1) Escritos Políticos pag. 211

V

Monárquico, no cortesano

A la vez, Balmes fustigó á los defensores de la monarquía que la adulan y la engañan.

Decía el insigne escritor en 1846, con ocasión de una *Memoria* en que se leían estas peregrinas palabras: «al palacio no han de subir más que las adoraciones»: «Nosotros no somos tan monárquicos. Al palacio, decimos, no han de subir sino respetuosas verdades. Las adoraciones van envueltas en una nube de incienso, que desvanece y ciega á los ídolos. Las adoraciones, á Dios; á los reyes, la verdad.

»El reinar y mandar, es una mezcla de un poco de honra y de mucha carga.

»«No basta que tengan los reyes la suprema autoridad, pues también han de tener la suprema inteligencia de las cosas, para saber acrisolar las resoluciones de sus consejeros.

»Deberes, sí deberes, sí los hay, y muy

grandes, para los reyes; dichosos ellos si llegan á conocerlos al través de la lisonja y esplendor que por todas partes los rodean.» (1)

«Defiéndase—añadía—la monarquía como una institución necesaria en España; recuérdense y encómiense los beneficios que ha proporcionado; preséntesela como un emblema de nuestra nacionalidad é independencia; tráiganse á la memoria sus hazañas, defiéndasela contra las injustas acusaciones de los demagogos; cotejese la benignidad del imperio de los reyes con la crueldad del despotismo anárquico; hágase todo esto enhorabuena; mas, para ser eficaz, es necesario ser sincero, leal, franco y, sobre todo, no ponerse en contradicción con la evidencia de los hechos.»

«El escritor que desee defender la monarquía—decía en otro lugar Balmes,—es necesario que tenga la imparcialidad y la entereza necesarias para decir la verdad á la monarquía. El primer efecto de la adulación, es inutilizar al escritor, previniendo contra él á los lectores.»

«Pasen en buen hora—seguía diciendo Balmes—los revolucionarios del insulto á la más villana lisonja, y de la lisonja al insulto, según los monarcas les complazcan ó les disgusten... pero los hombres que defienden

(1) Escritos Políticos (1844).

la monarquía por convicción, jamás deben llevar su respeto hasta las bajas humillaciones, ni su justa severidad hasta el insultante atrevimiento.

Poco antes de su muerte escribió Balmes: «Nunca han sido más necesarias que ahora, la elevación de ideas y sentimientos y las virtudes en el trono. El desprendimiento, el desinterés, la generosidad han sido siempre su ornamento; pero ahora son una condición necesaria. Cuando tantas y tan poderosas causas combaten la monarquía, es preciso que esta se defienda con el poderoso ascendiente de grandes cualidades.» (1)

(1) Escritos Póstumos, pág. 29.

VI.

La virtualidad de la Monarquía

Decía el propio Balmes en uno de sus escritos póstumos: «La monarquía no tiene porvenir sino en los países, donde á más de ideas monárquicas, hay todavía sentimientos monárquicos; donde la presencia del soberano excita todavía un sentimiento de entusiasmo; donde se vitoree al rey, no con los vivas de ordenanza en las filas del ejército, sino en los que salen de las masas por un movimiento del corazón.»

Presente y fresco está en la memoria de todos el entusiasta recibimiento que en fecha reciente (Abril de 1904) se hizo en Barcelona, á S. M. D. Alfonso XIII. Catalanista tan convencido como el escritor Sr. Maragall trazó entonces páginas vibrantes é intensas en su opúsculo titulado *Reyals jornades*, en que aparece vivo y con singular relieve la explosión del sentimiento monárquico en Cataluña.

Maragall describe la fecha memorable de 6 de Abril de 1904 en el momento que el pueblo catalán vió por vez primera al monarca.

«—Es aquél... —El del medio... —El que se inclina... —Yo no lo veo... —Sí... aquél... el del ros... —Ves?... Hace un gesto con la mano...

Y una oleada de gritos y aplausos pasa rápida á la vez que aquella figura juvenil. Las mujeres lloran levantando en brazos los chiquillos, los hombres que no gritan, sienten latir con violencia el corazón y callan... El Rey!»

Añade Maragall:

«Ante este gran sentimiento colectivo secular, quisimos oponer enseguida otro, pero no lo logramos».

«En balde recordamos á los nuestros, las contínuas decepciones de Cataluña sufridas del poder central, porque el poder central no es más que una abstracción, y el Rey que venía no era una abstracción. Con abstracciones se pueden engendrar ideas, pero los sentimientos solo obedecen á cosas vivas; y el Rey era una cosa viva; el sentimiento real tiene raíces hondas y seculares en la colectividad.»

«Cuando á un pueblo—dice el propio Maragall—se le pone delante la encarnación del poder que le rige, el pueblo que tiene

conciencia de la trascendencia del contacto, no puede permanecer indeferente.

«Al pueblo no le pidais jamás actitudes negativas delante de una afirmación, sino teneis otra de naturaleza parecida para oponer á aquella. Delante de un Rey de carne y huesos que llega, un ídolo de carne y huesos que surja; delante un hombre, otro hombre; delante de un hecho, otro hecho. Si no teneis el hombre, si no teneis el hecho, dejad al pueblo, dejadle que manifieste expontaneamente sus sentimientos.

Se dijo también á la sazón: «Este hábito de la monarquía conpenetrado con la vida misma de los pueblos, escrito en sus vísceras y palpitando en los más íntimos latidos de eso que se llama alma *nacional*, es lo que hemos apellidado monarquismo; más que el sentimiento de nuestros reyes, más que convicción profunda, elemento asimilado á nuestra vida nacional y entrañado tan hondamente en su espíritu, que han podido pasar por encima de él, las revoluciones y las olas de sangre derramadas en dos guerras civiles y desdichas infinitas, sin matar sus raíces, sin amortiguar siquiera su fecunda lozania.»

Esa es la pólvora—se añadía—del reguero que ha ardido al presentarse el Rey en las provincias catalanas, y la sorpresa de propios y extraños y de los mismos que han

proclamado al Rey más calurosamente, nace de *inconciencia* ó *semiconciencia* en que dormía ese apego español á nuestros monarcas. No nos creíamos tan monárquicos como hemos resultado, pero nada se hace en el mundo sin razón suficiente. Si la pólvora se inflamó, es que estaba allí».

A qué seguir recordando el hecho histórico, grandioso, del año 1904, en que Cataluña afirmó su adhesión á la monarquía.

El hecho se reproducirá — que duda cabe — si el Rey acompañado de su esposa y del príncipe de Asturias visita Cataluña; y sino, al tiempo.

El verdadero regionalismo en Cataluña ha de sustentar con brío la monarquía; primero por ser una institución tradicional única que ha conocido á través de los siglos; segundo por que con la fijeza añeja á la institución monárquica hereditaria, los intereses de la región pueden desenvolverse con mayor seguridad.

Existen en Cataluña cuantiosos intereses creados á la sombra del trabajo, y necesitan su comercio, propiedad é industria, la paz y sosiego que no pueden darle los grandes trastornos y zozobras propios de un cambio de régimen.

EL REGIONALISMO

I.

El Problema

Si pudiera librarse á la Solidaridad Catalana de la tutela antidinástica, el problema se simplificaría y sería de facil solución. En vez de las enrevesadas aspiraciones de transubstanciación solidaria catalana al resto de España, aparecerían otras más efectivas, y en armonía con la realidad.

Quedaría en pié para los catalanistas intelectuales el ideal lejano de una radical autonomía primero y de una hegemonía despues; y para la masa de Cataluña el problema regional enlazado con el nacional, cada día más apremiante, más vivo y con ansias de reformas y mejoras.

Existe hace tiempo el problema regional — qué duda cabe — nacido de las peculiares condiciones de muchas provincias españolas, por virtud de su historia, de sus costumbres, de su lengua, de su literatura, de sus leyes y de sus instituciones.

Existe por ejemplo en Cataluña un terruño abrupto, seco y en muchas partes árido y pedregoso, labrado con afán y regado con el sudor del rostro, pero hermoso, poblado, lleno de monumentos, recuerdos y tradiciones, patrimonio no de unos cuantos, sino de todos los que nacimos en tan bendita tierra.

El verdadero regionalismo vive en amplios y limpios horizontes. Son regionalistas de buena cepa, todos los que aman á su región, trabajan para honrarla, y batallan sin cesar en defensa de sus intereses materiales y morales.

Fueron regionalistas — por no citar más que muertos — Capmany, Piferrer, Pi Margall, Aribau, Cutchet, Bofarull, Cortada, Balaguer y otros que en lengua castellana dieron á conocer los hechos gloriosos y los monumentos de Cataluña. Regionalistas fueron los hombres de todas opiniones, que durante el siglo pasado estuvieron siempre en la brecha para defender la riqueza y la industria del Principado.

No basta llamarse regionalista para ser-

lo, es menester probarlo con obras, no con palabras. Los que por error, malicia, fanatismo ó torpeza socavan los cimientos sociales, turban el orden, y son elemento de perturbación y una amenaza para los intereses de Cataluña, no merecen el nombre de regionalistas.

Loa grande merecen si, los que con seso, prudencia y nobleza de miras, quieren no solo conservar, sino mejorar lo existente, pero sin sacudimientos, ni revoluciones en que se hundan los gobiernos y las constituciones y peligre la unidad de la nación.

El regionalismo en España, no es exclusivo de Cataluña, ni existe solo en aquellas comarcas que tienen idioma propio. Error es decir que no hay más regionalismo que el catalán, el éuskaro, el gallego y acaso el asturiano, pues existe el regionalismo en Navarra, Castilla, Aragón y Andalucía.

El escritor gallego Alvarez Insua decía, «Y como creo que el regionalismo no es el separatismo, sino una aspiración legítima, honrada é inofensiva que consiste en buscar para las respectivas provincias la mayor suma de bienes, sin que por ello se lastime el principio de la unidad nacional, por eso yo me declaro regionalista».

Existe pues el verdadero regionalismo, el razonable, prudente y práctico, que no se alimenta de fantasías, que no olvida la mar-

cha de los siglos, y el cambio de los tiempos, que se acomoda á las circunstancias y tiene sobre todo en cuenta la triste realidad de la pequeñez humana que nos obliga á confesar en todos los instantes que la dicha y la perfección no son de este mundo.

Decía Federico Mistral, el príncipe de los poetas provenzales.

«Ahora ya está claro, ahora ya sabemos que en el orden divino todo se hace para que resulte bien. Los provenzales con unánime entusiarmo somos de la gran Francia, y vosotros — dirigiéndose á los catalanes — con buena voluntad, franca y lealmente, sois de la magnánima España».

Nosotros aplicamos á España lo que otro provenzal moderno, el Capoulié Félix Gras, decía en Francia.

«Quiero á mi pueblo más que á tu pueblo, quiero á Provenza más que á tu provincia, quiero á Francia más que todo».

Algunos años antes un esclarecido patricio catalán D. Juan Güell se expresaba asi en sus «Escritos Económicos».

«Nuestros principios que proclamamos en alta voz son que el catalán debe ser más español que catalán; que el andaluz debe ser más español que andaluz; que el gallego ha de ser más español que gallego; y haciéndolo así todas las provincias tendrémos España y con ella Cataluña, Andalucía, Galicia,

Aragón, Valencia, etc. y si por el contrario nos enpeñamos en ser más catalanes, más andaluces, más gallegos, más castellanos, etc. que españoles, entonces no tendremos ni España, ni Cataluña, ni Andalucía, ni nada». (1)

Las regiones son las más robustas ramas del arbol de la patria.

(1) Pág. 427.

II

Cataluña y el regionalismo

Gran injusticia es dar al olvido los servicios y méritos de los que tanto se desvelaron y tan hicieron en favor de Cataluña. Al oir hoy ciertas voces y airadas protestas, no parece sinó que nuestros predecesores y aún muchos de los que aún viven, nada realizaron en pró de nuestra región. La Historia es implacable y severa, y al juzgar á una y otra generación, unos y otros procedimientos, hará justicia á todos.

El amor intenso á la región, la labor de sus hombres, la unión de todos, llevó á Cataluña al grado de prosperidad, riqueza y desarrollo que hoy tiene.

La experiencia pregona que el esfuerzo de los hijos de aquella región fué fructífero, se vió coronado por el éxito, merced á leyes arancelarias protectoras y á su estrecha unión con el resto de las provincias de España.

Haciendo verdadero *regionalismo* es

cómo se logró esto; pues el esfuerzo, la iniciativa de los nobles hijos del trabajo, se vió eficazmente secundada por los hombres políticos, por las corporaciones, por todos.

No fué con gritos, divisiones, y ruindades, cómo se han levantado grandes fábricas y talleres, que son orgullo de Cataluña y han derramado durante mucho tiempo la prosperidad y riqueza, convirtiendo á Barcelona en una de las principales y más hermosas ciudades de Europa.

Ha sido con el trabajo, el ahorro, el adelanto, á la sombra de la paz y de la tranquilidad, y de leyes protectoras defendidas con ahinco por hombres de todos partidos, de todas condiciones é ideales, que opinaron en todo con completa libertad, menos en lo que atañe á los intereses de Cataluña. Gran ejemplo dieron aquellos varones que prestaron servicios desinteresados al país, pues figuraron en la política sin aceptar empleos y otros medros. Admiración y envidia causaron á otras provincias ver fundirse todas las opiniones para la defensa de los intereses de la región.

En los archivos del Congreso y Senado y de los centros económicos se hallan los discursos, trabajos, exposiciones, dictámenes, reseñas de reuniones públicas, que constituyen un tesoro, un *monumento regional.*

El recuerdo de la conducta de aquellos esclarecidos patricios en quienes vibraba tan alto el amor á la región y á España, constituye un verdadero y grande *memento*, un bienhechor rocío para los que contemplamos con gran tristeza los tiempos presentes.

Así ha crecido y se ha desarrollado Cataluña, cuyo poder, vigor y riqueza no cabe negar por ser evidente.

Así se ha logrado que hallen el sustento millares de familias de menestrales y obreros, que de otra suerte hubieran sucumbido ó tenido que emigrar.

Cataluña se ha engrandecido teniendo como emblema el *salut y feina* de sus mayores. El verdadero regionalismo no es patrimonio de algunos, lo es de todos los que trabajan y enaltecen la región. El regionalismo no es un monopolio de una casta, un coto cerrado en que se levantan barreras y murallas: es un campo abierto para todos los catalanes y para todos los españoles que trabajen en provecho cada uno de su respectiva provincia dentro de la integridad de la patria.

¡Quien no recuerda las glorias, el poderoso empuje de Barcelona, de Cataluña, que se manifestó durante la exposición universal celebrada el año 1888!

¡Quien al recordar años pasados, no com-

para tiempos con tiempos! y no ve con inmensa tristeza que la propiedad de Cataluña, la industria y todas las clases sufren honda crisis.

No cabe sin embargo negar lo evidente; dada la situación del pais, su malestar, sus sozobras, es preciso adoptar cuanto antes soluciones. Hay que encauzar la poderosa corriente de algunas regiones vivas de España; no seguirla docilmente, pero tampoco ponerse contra de ella. Hay si mucho que enmendar, que corregir, pero con prudencia, tino y aplomo, huyendo de radicalismos y exageraciones.

Es necesario no confundir el «regionalismo» en su verdadera acepción, con el «pseudo regionalismo» inventado por los que quieren fundir en un nuevo crisol y con viejos materiales, á Cataluña.

Un emperador romano preguntaba á Apolonio que es lo que había causado la ruina de su antecesor: «sabia templar muy bien su arpa respondió Apolonio; pero en cosas de gobierno á veces ponía las cuerdas demasiado flojas, á veces demasiado tirantes».

El caso está en estos momentos en Cataluña en poner las cuerdas en su punto; si tan tirantes se ponen y se rompen, dado el estado de la cuestión social, bien puede suceder esto, que dijo un ilustre publicista ca-

talán, que tiene sus puntos y ribetes de advertencia y profecía:

«Cuando se rompen los vínculos que tienen trabado el orden social toman todas las pasiones una terrible expansión, dirígense hacia los objetos que les brindan más sabroso aliciente; y asi como una porción de ambiciosos escalan el poder para alcanzar renombre y mejorar sus fortunas, asi las clases inferiores elevan sus ojos hacia los superiores é incitados por sus propios padecimientos, atizados por las fogosas palabras de sus tribunos y convidados por la esperanza de mejorar su suerte, teniendo á la vista ricos y espléndidos despojos, arrójanse furiosos sobre la presa é inundan la sociedad de sangre y de lágrimas».

III

La Regeneración

La necesidad de la regeneración de arriba la reconocen todos.

Los abusos del centralismo y las deficiencias del sistema electoral, los proclama honradamente el Gobierno del Sr. Maura poniendo en labios de S. M., en el discurso de la Corona, estas palabras:

«La restauración de los organismos de Administración local, que se os propondrá con voluntad resuelta de abrir amplio cauce para todas las energías que venturosamente brotan de las entrañas del pueblo, y también con el designio de estimular y favorecer la convalecencia de iniciativas enervadas ó atrofiadas por una centralización exótica, inadecuada al genio de la Nación española, con más la reforma del procedimiento electoral, cuyos vicios frustrarían aquel intento, preliminares son inexcusables para muchas mejoras de los

servicios que asume la Administración del Estado.»

Justos han sido hasta hoy los clamores del país cuando condenaba los abusos del poder central, las flaquezas de los gobiernos, la enormidad de los tributos, su desatinado reparto y el exceso de gastos públicos.

El verdadero regionalismo se duele del montón de leyes instables, confusas, incumplidas; de la deficiencia de los tribunales de justicia; de la abundancia, pereza é ignorancia de la mayor parte de los empleados; de la escandalosa corruptela de tolerar servidores del Estado que maneja grandes y delicados intereses de la patria y que no pueden sustentarse con la paga; del descuido en que se tiene á la instrucción pública; á las obras de interés general, á la industria, al comercio y á la navegación.

El verdadero regionalismo reclama con justicia, en lo posible, vida autonómica en las corporaciones populares, gran descentralización administrativa y profundo respeto por parte de los gobiernos á lo que resta de las añejas instituciones, y á todo lo que dá aun típica fisonomía á las regiones españolas.

Se ha dicho con razón: lo que es propio de la localidad, en la localidad debe quedarse; lo que es propio de la provincia, debe

quedarse en la provincia. ¿Qué razón hay para quitárselo, y por una absorción injustificada llevarlo al centro, dificultando con ello la satisfacción de las necesidades locales y provinciales y matando por tal manera toda iniciativa y toda energía?

Pintábase en un libro, publicado el año de 1903, por un escritor castellano, el estado de energía y de actividad de Barcelona, las excepcionales condiciones de los catalanes para el trabajo, y á la vez se ponía enfrente, como sombra siniestra, la figura del Estado central absorviéndolo todo, agobiando toda iniciativa con su intervención codiciosa y covachuelista, y luego se decía:

«Pero esa clase media está ya apercibida; esa clase directora sabe que necesita una gran soltura en sus movimientos, que de la ligereza y prontitud en el buen servicio pende el éxito, y que éste no puede dejarse al capricho de un fisco leguleyo y mal intencionado.

»No: todo eso hay que barrerlo—añadíase — hay que sepultar para siempre esa encarnación del Estado, que encierra el fraude y la falsía; tales procedimientos burocráticos podrán ser lesivos para Cuenca ó Badajoz; pero para Barcelona, cuya vida es un movimiento sin interrupción, que vive á compás del telégrafo, que por telégrafo compra y vende y por telégrafo recibe y remite,

son la paralización y la muerte: sus miles de toneladas y miles de obreros no pueden estar pendientes de una trampa que saque á relucir un fiel de fechos, de un vigilante, de un pesador de esos que cuelga el Estado á la garganta de todo lo que se mueve y quiere producir en este país: eso es incompatible con la vida de Barcelona.»

Todo esto y mucho más reclama en su justa medida la opinión serena y reflexiva, pero no sin caer en la cuenta de que ante todo es preciso que haya paz, orden y respeto á la ley.

IV

Las reformas y la realidad

Los hombres de gobierno, han de mirar las cosas tales como son, frente á frente, con la luz de la verdad.

Hay que reducir en algunas cosas, á proporciones un tanto modestas la obra de la regeneración de nuestro pais: no porque no haya mucho que enmendar y corregir, sino por los estorbos muchos, insuperables, de vicios y corruptelas tradicionales.

La *realidad* de la triste situacion en que se halla el país exige también reformas de conducta, no montones de leyes en todos los órdenes de administración. Se necesita para ello grandes energías y celo perseverante.

Es achaque antiguo del carácter nacional desdeñar los empeños útiles, pacientes y modestos por los arriesgados, ambiciosos y grandes, cuando en nuestros días todas

las empresas políticas, la prosperidad de los pueblos, los adelantos y aún las conquistas de los Estados, no se logran sino á fuerza de estudio, de perseverancia y de trabajo.

Una nación es un ser orgánico, un cuerpo vivo. Una vez ha nacido, se ha formado y desarrollado por el concurso y sucesión de múltiples circunstancias é influencias, constituye una existencia que no es artificial y de pura convención, sino de la naturaleza de los tiempos y de los acontecimientos. Puede sufrir correcciones, transformarse, reformarse, pero á condición de que no se toque á su esencia: tratar de fundir, como el metal en el crisol, una sociedad para hacerla nueva, equivale, como dice Montaigne, á querer sanar un enfermo dándole muerte, es destruir y no modificar.

No pueden olvidar un instante que cada nación tiene algo que no se improvisa, que son su historia, sus glorias, catástrofes, vicios, virtudes, costumbres, su ambiente; en una palabra, su fisonomía especial y característica.

Es preciso no olvidar que todas las cosas humanas están sugetas á modificaciones. No siempre se ha de buscar lo mejor, sino lo aplicable; así como Solon se felicitaba de haber dado á los atenienses, no las leyes mejores sinó las más acomodadas al pueblo

para el cual tenian que servir. ¿Que importa una teoria mecánica si con ella no se puede construir una máquina? ¿Que vale un sistema social y político sino es realizable?

El arte de gobernar consiste en marchar siempre adelante, mejorando todo lo existente en las distintas ramificaciones de la organización administrativa y política, pero haciendo cuanto haya que hacer con lentitud y extirpando las causas para matar los efectos, sin producir revoluciones, que son en todo concepto funestas.

Los grandes hechos (y tales son hondas reformas) no se han de emprender sin grandes fundamentos, y han de ser guiados con prudencia y buen consejo, porque el ímpetu y la temeridad les atropella y desbarata.

No olvidemos una verdad que está escrita á cada paso en toda la historia del humano linaje. Lo que falta, por lo común, al hombre y á la sociedad, no son buenas reglas, sino su aplicación; no son buenas leyes, sino su cumplimiento; no son buenas instituciones, sino su genuina realización.

El ideal de un gobierno en España, es que ni desprecie lo pasado ni desatienda lo presente, ni pierda de vista el porvenir; un gobierno que, sin desconocer las necesidades de la época, no se olvide de la rica herencia religiosa, social y política que nos legaron

nuestros mayores; un gobierno firme sin obstinación, justiciero; un gobierno que sea como la clave de un edificio grandioso donde encuentren cabida todas las opiniones razonables, respeto todos los derechos, protección todos los intereses legítimos.

V

Las responsabilidades y la regeneración

El publicista que en España estudie el arduo problema de su regeneración social y política, es menester que no se deje arrastrar por la corriente que siente, pero no razona.

«En todo buena fé, en todo verdad, en todo el valor de manifestar las convicciones con decoro, pero sin timidez. He aqui las primeras cualidades de la prensa mantenedora de los buenos principios. La mala fé, la mentira, la adulación, la pusilanimidad son cosas indignas..... El halagar las pasiones, el escribir en contra lo que dicte la conciencia, por obtener el pasajero aplauso de las turbas es una falta que cuesta cara á los escritores.....»

«Necesario es tener convicciones propias, criterio propio, sentimientos propios no inspirarse jamás en las pasiones del mo-

mento, sino meditar escribiendo, y escribir meditando.» (1)

Las mayores culpas y responsabilidades de anteriores yerros cometidos en la política española, claro está que corresponden á los gobiernos, que se han sucedido, pero preguntamos al lector inteligente, desapasionado y sincero: ¿Acaso estan libres de pecado los gobernados?

Nunca fué más oportuno recordar, por ser aplicable á los tiempos presentes, lo que ocupándose del problema regional, un escritor de tanto nervio, fuste y claro entendimiento como D. Ramón Picó y Campanar dijo en su discurso leido en la sesión inaugural de 27 de Enero de 1902 en el Ateneo Barcelonés: «La causa ó causas de la decadencia de Cataluña suelen ser hondas y ocultas como lo están las raices del arbol bajo tierra.

«A esto, que ya por si solo dificulta el exacto conocimiento de los males que sufrimos, se une el vicio muy común en los hombres de juzgar de los hechos no con serenidad, calma y seso estudioso, sino aprisa y corriendo y casi siempre impulsados por la pasion ó el interés; de aquí proviene que nuestros juicios pocas veces se

(1) Balmes. Estudios Politicos pág. 453.

basan sobre fundamentos verdaderos, y por lo mismo son á menudo injustos.»

«Cuando el poderoso se empobrece — añade el Sr. Picó — y trata de explicar las causas de su desgracia, raras veces está en lo justo, casi nunca acierta; por regla general atribuye su ruina á los demás. Achaca la culpa á sus enemigos y se supone víctima de la gente maleante que pulula por el mundo. Pocas veces confiesa sus equivocaciones y descuidos; enmudece sobre los vicios, pasa por alto sus flaquezas y calla como un muerto sus torpezas que de seguro contribuyen más que otra causa á perderlo y hundirlo».

«La culpa es negra y todo el mundo la rechaza — añade el Sr. Picó — Es tan fácil y sobre todo tan cómodo darla á los otros. ¡Cuesta tanto confesarse culpable! Pero solo así, reconociendo y confesando sus errores y caidas, es como un hombre se coloca en condición de ser regenerado».

«Si nuestra región ha *venido á menos*, como vulgarmente se dice. ¿Quién tiene la culpa? ¿La tienen los vecinos? ¿Es toda suya ó también nuestra?»

»¿A qué conduce el gritar á todas horas contra la gente de fuera, si después de todo resulta, que el mal mayor no proviene de allí, sino que tal vez lo tenemos dentro de casa?»

La Solidaridad Catalana, en su programa del Tívoli, afirma: «que los poderes oficiales del Estado son impotentes para operar una vivificación salvadora, así como para iniciar y propulsar la total renovación de la vida española.»

»Es de abajo — añade la Solidaridad — es del cuerpo social del que debe partir el movimiento de regeneración. En los organismos vitales más robustos de nuestra sociedad se ha iniciado una vigorosa renovación.»

No negamos, que de abajo debe también partir el movimiento propulsor de *regeneración.*

Hay acaso hoy quien crea en serio que estos organismos de abajo de improviso se han *regenerado.* El vigor que se necesita para dar el voto en las elecciones, es esencialmente distinto de la regeneración individual y colectiva, que impone sacrificios de intereses, acato de leyes tributarias, de policía y otras á que debe atemperar su conducta el perfecto ciudadano.

Los que conocen á fondo — y son muchos — la vida de los pueblos, sobre todo los rurales, con sus miserias, sus luchas, las inmoralidades de su administración, salvo honrosas escepciones, no van á ser tan cándidos, que por haber vuelto la espalda á gobiernos efímeros y débiles ó benévolos y

haberse pasado á la Solidaridad, crean que en un momento se han regenerado y han recibido el agua del Jordán de su redención.

Una información seria, sin pasión, diáfana sobre estos organismos que se llaman vitales, derramaría vivísima luz, y proporcionaría datos interesantes.

Entonces, como dice el Sr. Picó, veríamos que el cuerpo social abajo no está libre de culpa, y tiene el tejado de vidrio.

Lo que hay, es que no es necesario regenerarse para tener valor y combatir con éxito á los gobiernos y al Estado en España. La debilidad, la vida fugaz, los desaciertos de los poderes públicos, ha sido un estímulo eficaz para todos los atrevimientos.

Nada más fácil que cosechar aplausos combatiendo al Estado, que necesita cobrar tributos. El símbolo con que el español suele imaginar personificado el Estado, es el alcabalero. Todo lo que pide y obtiene de los gobiernos — y les pide continuamente — lo olvida, solo quedan en pié los agravios.

Si hubiera menos apasionamiento y más espiritu de justicia, reconoceríamos que han existido muchos ministros animados de celo y de buena intención, cuyos esfuerzos se han estrellado contra obstáculos tradicionales y de resistencia que opone el pais.

Los agricultores, los industriales y los

contribuyentes en general, se duelen con razón de lo vicioso de nuestra administracion, que no responde á sus fines y á los sacrificios que cuesta, y tiene un sinnúmero de organismos anticuados é inútiles.

Todos suelen razonar bien y ver la verdad cuando no perjudica á su propio interés; pero en cuanto se concreta y se quiere podar las ramas secas y que estorban, suprimiendo por ejemplo algunas capitanías generales, arsenales, obispados, audiencias, juzgados, destacamentos innecesarios, dada la facilidad de comunicaciones..... acabó la lógica y el sentido común, y son de oír las amenazas y los insultos.

No hay interés de campanario, cuando se cree amenazado, que no toque á somatén y que deje de voltear las campanas con estrépito; ante el escándalo, el ruido, las amenazas y los conflctos, los gobiernos flojos y débiles se atortolan, sucumben, y siguen las corruptelas, los males sin remedio, por culpa de todos.

Facil es declamar y ahuecar la voz en los *meetings,* pero la reorganización de los servicios públicos, base de la regeneración del país, es una pelota que se echan unos á otros, y que á la postre queda en el tejado. Hay que decir las cosas claras para que cada cual asuma la responsabilidad que le corresponda. Los gobiernos deben emprender la

reorganización de los servicios, pero el pais debe prestarles su cooperación eficaz, haciendo sacrificios y acallando egoismos.

Lo justo y lo razonable cuando de regeneración en España se trata, es que debe tener lugar arriba y abajo; los individuos, las corporaciones, el Estado deben seguir con perseverancia, energía y fé su acción moralizadora y educativa.

Mucho, muchísimo falta, para poder alardear de regeneración respecto á cultura intelectual.

Asi para citar solo un ejemplo que no tiene desperdicio, la *Publicidad* (29 Mayo 1907) pone de relieve la crisis del libro con las siguientes frases.

«Pedro Aldavert ha puesto á la venta un nuevo libro. Es inagotable la facundia del veterano luchador. Desde que dejó de publicarse *La Renaixensa,* que Aldavert viene ofreciéndonos dos tomos cada año, y creo que nos daría uno cada quince días si aquí se leyera y se compraran libros. ¿Me agarro á este inciso para hablar de la crisis del libro y penuria de los escritores? Aunque esto sería de mi gusto, no lo he de hacer. Sobre el particular se ha dicho cuanto podía decirse, sin fruto alguno.

. . . . . .

Al buen pueblo,—entiéndase dicho en el sentido más amplio de la palabra,—le basta

para las necesidades de su intelecto, el periódico á que está subscrito, ó aquel á que está subscrito su tabernero ó mozo de café. El resto lo aprende alrededor de una mesa de mármol ó madera, entre «pases» de dominó, «envites», «arrastres» y «codillos». Y son de oir sus atinadas apreciaciones respecto á los más abstractos ó intrincados problemas que traen á mal traer á los sabios, á los pueblos y á la humanidad».

Es verdad que no se venden, ni leen libros, en cambio se devoran periódicos en que se hace mofa y burla de todo.

Existe en nuestra sociedad, junto á los que aman y practican el bien y los indiferentes, que viven en el limbo, un gran número de gentes sumergidas en la *charca* inficionada por los miasmas.

Esto es lo que da vida á los libelos, á los papeles insanos que, con la pluma ó el lápiz, son la gota incesante, corrosiva, que todo lo emponzoña y envenena. Ved en muchos el secreto goce, el alborozo, cuando ve que al que por sus méritos ó su constancia se levanta una línea sobre sus cabezas, se le insulta, veja y atropella. No hay mas que ver con qué singular brillo envidioso leen, devoran los papeluchos indecentes en que se asestan tiros á la honra ajena. La *charca* se alimenta de la opinión bastarda é insana y la refleja.

IMPRESIÓN FINAL

Damos aquí fin á estas rápidadas *impresiones*. Los tiempos son difíciles para hacerse oir, tal es el apasionamiento de muchos y tan excitados están los ánimos. «Han levantado su tienda en un mismo país, hablan el mismo idioma, tienen las mismas leyes, idénticos intereses, pero no se entienden.

No importa, decía Bonald: «El hombre ha llenado su principal y más noble misión, cuando ha aplicado su inteligencia y su voluntad á investigar la verdad y á darla á conocer á los demás.

»Nada significan las circunstancias cuando se escribe en la atmósfera superior á las pasiones: ¡La verdad es de todos tiempos y hay que decirla siempre!

Fácil es buscar el elogio y el aplauso cuando el escritor halaga la opinión que bulle, y se abandona blanda y docilmente á la corriente.

Un eximio patricio catalán decía también: «Creemos que á las naciones como á los individuos, no se les daña haciéndoles conocer su verdadera situación. No se remedian los males si se ignora que existen; no se los precave si no se teme que vengan. Quien escribe para el público debe decir siempre la verdad por dura que sea, y cuando no le sea posible, condénese al silencio, antes que permitirse engañar á los pueblos.»

Nosotros abrigamos la firme convicción de que se perturba y se causa un inmenso perjuicio á Cataluña, forjando castillos en el aire. Existe una Cataluña real, positiva con su historia, sus costumbres, sus intereses, su espíritu sano regional, su anhelo de prudentes reformas, y otra fantástica, ideal, en que se quiere derribar lo existente, sembrar por todas partes ruinas y crear un flamante y atrevido edificio.

Hoy en Cataluña, han surgido por todos lados reformadores y es que no hay materia en que se digan más dislates, cual es la política.

No es la vez primera que citamos el siguiente delicioso párrafo del Quijote:

«En el decurso de su plática vinieron D. Quijote, el cura y el barbero á tratar en esto que llaman razón de Estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquél, reformando una costum-

bre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno ó un Solón flamante, y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habían puesto en una fragua y sacado otra de la que pusieron.»

La prensa es un factor importante en los movimientos políticos.

La prensa política, adolece en todas partes, de un defecto propio de la materia que trata. Todo lo que atañe á la política, es de ordinario estudiado con más pasión que espíritu reflexivo, más con prejuicio que con verdadero sentido científico y de observación.

La política, es la menos adelantada de todas las ciencias, y proviene esto de la dificultad de sacar postulados exactos de la observación de hechos debidos á causas diversas, como son la raza, clima, situación geográfica, antecedentes históricos, hábitos, costumbres, etc., etc. Además es imposible que el observador de los hechos, se sustraiga á toda clase de influencias internas y externas, y sepa ser imparcial en absoluto. Las propias convicciones, las esperanzas, las simpatías y antipatías, los prejuicios nacionales, los intereses, etc., etc.

Otro de los defectos de la prensa política, es que escriben en ella, más literatos que pensadores. En Francia, Tocqueville evi-

denció que el espíritu literario, avasallador, potente á fines del siglo XVIII, impulsó la revolución por el camino del error.

Un conocido escritor catalanista del gremio periodístico, refiriéndose ultimamente á Cataluña, decía:

«Hubo un tiempo en que entendía que al literato le incumbe hacer de literato, al investigador seguir en sus investigaciones y á cada cual cultivar aquella parte de jardín adecuado á sus facultades. Acaso ahora mismo, si no debiese seguir otros impulsos que los de mi comodidad y preferencia íntima, es casi seguro que mis tareas serían exclusivamente literarias, puramente literarias. Pero, llegó un momento, en que, como tantos otros, no pude evadirme á sugestiones de distinto linaje, llámense políticas, patrióticas ó como se quiera; y en que me sentí requerido por un ardor inconsciente, por algo que nos inflamaba subiendo de las entrañas de toda una sociedad anhelosa de vivir, de ascender y de reaccionar contra la parálisis. De ese requerimiento del ardor civil, del sentido de la ciudadanía que se ha desvelado en las últimas generaciones de Cataluña, nadie ha podido substraerse ni á título de *turrieburnista,* ni por purismo estético, ni por impasibilidad de parnasianos y exquisitos, ni siquiera con pretexto de vocaciones excluyentes y especializadas.

Dentro de cada pensador, de cada artista, de cada poeta, ha despertado por acá el ciudadano. Y quien en una forma, quien en otra; quien para empujar el movimiento, quien para refrenarlo ó desviarlo, suspendieron todos su labor normal ó la entreveraron con la arenga tribunicia y el himno de combate.»

Decía un escritor: «Leed á los poetas y buenos literatos, coronad sus sienes, levantad en su honor estátuas, llenadlos de laureles; pero, por Dios, no les confiéis la dirección de los negocios públicos.»

Aun que en esto haya exageración, es evidente que el más precioso don del literato es la imaginación, y para los negocios públicos con razón se ha de desconfiar de la *loca de la casa*. La imaginación suprime los obstáculos, cubre de flores los abismos, fantasea cataclismos, y da á todas las cosas diversos matices y tiñe los horizontes de color negro, rosa y gris, impidiendo ver tal como son en realidad las cosas.

En alas de la fantasía, hoy hemos entrado en la positiva y práctica Cataluña en pleno período *revolucionario y constituyente*, ¡Monarquía, gobiernos, partidos! Abajo todo. ¡Qué significa la labor del pasado siglo que está escrita en páginas de oro en la urbe de Barcelona y en las fábricas que se levantaron en toda la región!

Nada, absolutamente nada. Es necesario — se grita — que la sangre nueva lo transforme todo.

Sería meritorio y muy provechoso hacer un inventario verdad, de nuestra cultura, de nuestras fuerzas, de nuestro adelanto, de nuestra riqueza adquirida en los últimos años en Cataluña.

Entoncen podríamos repetir lo que un día de España toda dijo un ilustre hombre de Estado: «Yo no puedo tener ninguna satisfacción en turbar las alegrías espontáneas de los hombres; yo las envidio, aunque sean infundadas; pero entiendo que mi deber es estudiar la realidad y decírsela á mi país, y que no es con mis sentimientos, ni con mis aspiraciones, ni con mis propios deseos, ni con aquello que recrea mi imaginación, sino con la verdad, por severa, austera y dura que sea, con lo que yo puedo contribuir en poco ó en mucho al engrandecimiento y al bien general de mi patria.»

Dada la situación de Cataluña, lejos decir orgullosamente que reclama la *hegemonía*, seguiriamos diciendo:

«Modestas deben ser nuestras palabras como nuestras obras; limitadas nuestras aspiraciones cuanto lo están nuestras fuerzas. Mucho sería ya que tuviéramos siquiera clara conciencia de nuestro deber en la hu-

manidad, que el deber conocido guía sin tropiezos á obrar bien.

Estar al modo de cadáver en anfiteatro, sirviendo á ensayo de exóticas, imperfectas y mal digeridas opiniones; pensar sólo en lo que interiormente desune, en vez de afanarse por lo que junta y asocia; desorganizar con ligereza lo que existe, lejos de organizar asiduamente lo que falta; gastar sin provecho las fuerzas que convendría concentrar y acrecer de día en día; recrearse con leyendas engañosas y olvidar el estudio de la realidad, no tan lisonjero, más el único fecundo; fiar á las baladronadas fútiles lo que no más que en la perseverancia y robustez del ánimo tiene remedio; dormir en un insensato optimismo, cual si Dios hubiera por sí de tener en cuenta con lo que tales ó cuales asociaciones descuidan ó dejan de la mano; aprender y escribir mal, en cambio, la propia historia, prefiriendo la satisfacción de las pasiones políticas actuales, á la recta é imparcial explicación de los hechos de otro tiempo: todo esto priva á una nación de su peculiar espíritu, hace de ella un cuerpo sin alma, y, lejos de devolverle la salud perdida, llévala sin gloria y sin merecer siquiera compasión á la muerte.»

Cataluña se hizo grande y poderosa, cuando en lugar de gastar sus fuerzas en obras de fantasía, imitó á los ingleses, ale-

manes y á los yankees, que ante todo cuidan de la propia hacienda y del desarrollo de su riqueza.

Hoy en Cataluña hay un ejército de intelectuales estadistas, y se mira con floja atención y estudio, todo lo que se refiere al desarrollo económico de la región.

¡Donde están los economistas que sustituyan á los Güell, Illas, Ferrer y Vidal, Durán y Bas, Nicolau y tantos otros que en la tribuna y en el libro dedicaron todo su esfuerzo al desarrollo de las fuentes de riqueza de Cataluña!

¡Qué significa, dirán, el comercio, la industria y la navegación y la propiedad rural y urbana de Cataluña, ante los espléndidos horizontes que ofrece porvenir!

Nosotros, añaden, somos vigorosos, fuertes, de otra raza, y no solo somos aptos para regirnos, sino que queremos regir á los demás.

La pasión es contagiosa, y son muchos hoy en Cataluña los que, desvanecidos, sueñan en desvaríos.

Los que logren sustraerse á la atmósfera que hoy todo lo caldea y absorve en Cataluña, — y confiamos que no serán pocos — verán sin duda, como nosotros, que es necesario tener mucho juicio, si no queremos que sobrevengan ruinas y catástrofes.

Hoy que hay un Gobierno en España

que desea oir y atender los justos clamores de la opinión, lo lógico y natural es que se le robustezca y se procure tenga estabilidad. La perturbación, la anarquía, solo engendran su semejante.

Decía recientemente el Sr. Maura en el Senado:

Proclamáis la necesidad de la reforma, coincidís en esa necesidad con nosotros: no sé hasta qué punto coincidiremos al definirla y concretarla, pero para proclamar su necesidad y su urgencia unidos estamos. ¿Y quién hace las reformas, sino el Poder legítimo? ¿Y qué Poder existe aquí, sino el Parlamento con el Rey? ¿Y quién lo mueve, y quién dispone de la vida y del Gobierno, sino los partidos? (1)

Fuerzas políticas, fuerzas sociales que tengan designios políticos, y no se incorporan á los partidos, serán fuerzas conducidas á la esterilidad, aunque la esterilidad se disimule con los clamores, á veces espléndidos, de la ira y de la negación, porque yo no puedo pensar que tales fuerzas se tracen á sí propias otra clase de destinos. He aquí por qué he dicho siempre, que los partidos locales podrán significar una protesta, podrán significar una manifestación de descon-

(1) La reforma tan aplaudida por la opinión presentada por el actual Ministro de Fomento Sr. Besada sobre *Colonización interior* ¿quién puede hacerla sino el Parlamento con el Rey?